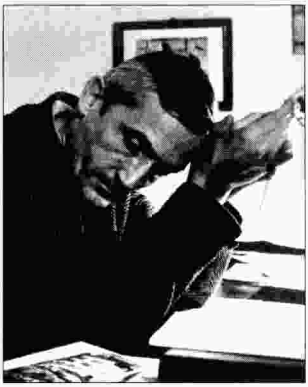
JÁNOS PILINSZKY



TRAPECIO Y BARRA

Oscura, das la espalda;
mi mano inútil urde
una noche estrellada
en tu frente que huye.
Mariposas de felpas argentadas
giran mansas en torno de tu cuello;
tú, confiada, me estrechas
y ríes, – ¡te golpeo!

Corremos por cornisas
radiantes, te doy una zancadilla,
de un salto te alzas y lanzas un zarpazo
sobre mis ojos, ¡fiera invulnerable!
Tu rostro se adelgaza y retrocedes
en caída veloz,
subes de nuevo, volando,
en los trapecios de la noche,

sobre la realidad que parpadea.
Gimnasia cruel y muda,
no alcanzo a dar un grito,
con pecho palpitante
me lanzo audaz, te sigo,
te recojo y te suelto,
damos de espaldas en las redes
de las estrellas oscilantes.

Dime, exijo respuesta:
¿desde cuándo este acoso?
En mis ojos la noche se ha cuajado.
¿Quién comenzó? ¿Quién lo ha querido?
¿Qué va a pasar conmigo? ¿Qué contigo?
¡Te estoy amando sin consuelo!
Sentados en las barras de los cielos,
como presos convictos.

HARBACH 1944

Una y otra vez les contemplo,
brilla la luna y una vara
se alarga, y hombres halan de ella
tirando un carromato enorme.

Arrastran el inmenso carro
que al crecer de la noche crece,
y sus cuerpos van compartidos
entre el hambre, el temblor y el polvo.

Llevan la senda y el paisaje
y ateridos campos de papas,
sienten sólo el peso de todo,
del paisaje sólo la carga.

Sólo el frágil cuerpo vecino
que en el propio cuerpo penetra,
mientras en estratos vivientes
sobre huellas de otros flaquean.

Los pueblos se quitan de en medio,
y las puertas se hacen a un lado;
lo lejano vino a encontrarles
y tras ellos va tambaleando.

Hundidos hasta las rodillas
vadean con ruido oscuro y chato
de sus zuecos, a tropezones,
como en invisible hojarasca.

Sus troncos ya son del silencio.
En lo alto mojan sus caras,
en tensión, como si olfatearan
lejanos pozos en los cielos.

Porque ya lista a recibirlos,
cual corral que se les ofrece,
con violencia y hasta los goznes
su portal les abre la muerte.

PASIÓN DE RAVENSBRÜCK

Se sale de la fila,
se alza en el cubo del silencio,
titilan como en cine
ropas de preso, testa de recluso.

Está horrorosamente solo,
se ven hasta sus poros,
todo en él gigantesco,
todo en él diminuto.

Más nada. Lo demás,
lo demás fue tan sólo
que olvidó dar un grito
antes de desplomarse.

IMPROMPTU

Estoy vagando sin rumbo
desde meses sin parar,
un sol asesino y dulce
me ciega y duele noche y día.

¿Desde dónde tantas visiones?
Ella surge al lado del agua,
en juventud esplendorosa,
flotando en lo súbito oscuro,

su sonrisa rompe en la costa.
Lejos se encienden los veleros.
Calor a plomo a mediodía
en cabinas dispersas llueve.

¡Y los detalles, las minucias!
Sólo una flor al viento blando,
como si en manos asombradas
la girara en silencio un crío.

¡Las melodías! ¡Por filas de cuartos
la misma melodía resonante,
como si el mar descalzo
paseara en sus paredes!
Pero son los amantes los más bellos,
sus crines, tolda última y hermosa
del pudor, iluminan la penumbra.

Amantes, y el ocaso,
filas de casas apagándose,
y entre las casas, en la arena,
la mole inmensa de una torre.

¿Quién puede imaginar algo más triste?

EL DESIERTO DEL AMOR

Un puente, una ardiente vía de asfalto,
el día está vaciando sus bolsillos,
sacando afuera todo lo que tiene.
Estás a solas al ocaso catatónico.

Como fondo de zanja es el paisaje;
marca ardiente en lo oscuro deslumbrado.
Se hace sombrío. Hiela el esplendor,
ciega el sol. Nunca olvido que es verano.

Es verano y el calor relampaguea.
Están de pie, y yo sé que ni aletean
las aves de corral, ardientes querubines
en sus jaulas de tablas astilladas.

¿Aún recuerdas? Fue primero el viento;
después la tierra; la jaula fue luego.
Excrementos y fuego. Y por momentos
nada más un reflejo, un aleteo.

Y la sed. Pedí entonces de beber.
Aún hoy siento los tragos afiebrados,
todavía soporto los destellos
inerme como piedra y los apago.

Los años van pasando, y la esperanza –
como un tarro de lata tirado entre la paja.

APÓCRIFO

1

Pues todo entonces será abandonado.

El silencio del cielo será apartado, y para siempre
lo será el de la tierra hundida al fin del mundo,
y apartado el silencio en las perreras.
Por el aire bandadas de pájaros huyendo.
Y veremos el sol que se levanta,
mudo como pupila enloquecida,
e inmóvil como fiera en emboscada.

Pero velando en el destierro,
pues no podré dormir aquella noche,
estaré a la deriva, como con miles de hojas,
y habré de hablar como un árbol nocturno:

¿Sabéis del pasar de los años,
de los años por los campos fruncidos?
¿Comprendéis lo caduco y sus arrugas,
sabéis de las ajadas manos mías?
¿Y conocéis el nombre de lo huérfano?
¿Y conocéis de qué clase es la pena
que está pisando aquí lo eterno oscuro
con cascos rotos, patas membranosas?
¿La noche, el frío, la fosa,
la cabeza en oblicuo girar del prisionero?
¿Sabéis de abrevaderos congelados,
conocéis el dolor del hondo cosmos?

Salió el sol. Finos árboles oscuros
al infrarrojo de un cielo iracundo.

Así comienzo a andar. Con paso quedo
frente a la destrucción camina un hombre.
No tiene nada, tiene sombra.
Tiene un bastón. Y ropas de presidio.

2

¡Por eso aprendí a andar! Por estos
pasos amargos y tardíos.

Y el ocaso vendrá, y la noche con su fango
me cubrirá, y yo, bajo los párpados
cerrados, seguiré velando ese pasar,
esos arbustos afiebrados, sus ramitas.
Velaré el bosquecito ardiente hoja por hoja.
En un tiempo aquí estuvo el paraíso.
Se renueva un dolor en duermevela:
¡oigo sus árboles inmensos!

Quería volver por fin, volver a casa,
como aquel en la Biblia que regresa.
Mi horripilante sombra está en el patio.
Silencio destrozado, padres viejos en casa.
Y los pobres ya vienen y me llaman,
ya lloran y me abrazan tropezando.
El orden ancestral me ha recogido.
En luceros de viento me apuntalo –

Si al menos esta vez pudiera hablarte,
a ti a quien tanto amaba. Año tras año,
no me cansaba de expresar, empero,
como un niño llorando por entre una rendija,
la esperanza ya casi fenecida
de volver y encontrarte.
Tu cercanía late en mi garganta.
Estoy alerta como fiera.

Tus palabras, la lengua de los hombres
yo no la hablo. Hay pájaros
huyendo en desbandada bajo el cielo,
bajo el cielo llameante.
Clavadas en un campo candente astillas huérfanas,
jaulas inmóviles y ardientes.
Yo no comprendo idioma humano,
y no hablo tu lengua.
¡Mi verbo es más apátrida que el verbo!

Ni verbo tengo ya.
Su inmenso peso
se desploma en el aire,
da sonidos el cuerpo de una torre.

No estás en parte alguna. El mundo es tan vacío.
Una silla plegable, una playera abandonada.
Entre afiladas piedras suena en trizas mi sombra.
Cansado estoy. Me yergo desde el suelo.

3

Dios ve que estoy parado bajo el sol.
Ve mi sombra en la piedra y el recinto.
Ve mi sombra de aliento detenido
en la prensa sin aire.

Para entonces seré como la piedra;
un pliegue muerto, esbozo de mil surcos,
poco más que un puñado de cascajo
será entonces el rostro de los seres creados.

Y en los rostros arrugas en lugar de las lágrimas,
y manando, manando esas fosas vacías.

YO CREO

Yo creo que te amo;
con los ojos cerrados, lloro porque tú existes.
Pero mira, los dioses,
el polvo y el tiempo
amontonan tan densos escombros
entre tú y yo,
que a veces se apodera
de mí el miedo al vacío
y las ansias mezquinas del amor.

Me meto entonces en la cama y tengo miedo,
como naturaleza a medianoche,
sin signos y en silencio.

Más tarde
vuelvo a creer que nos pertenecemos,
y que en tu mano he puesto la mía.

PLEGARIA DE VAN GOGH

En el campo, perder batallas.
En el aire, ganar la patria.
Pájaros, sol, y otra vez pájaros.
¿Qué quedará de mí esta noche?

Esta noche, luces en fila,
brillará la tapia amarilla,
más allá del patio y los árboles,
velas en fila, las ventanas;

donde habité y ya no habito,
la casa en que vivía y no vivo,
el techo que me había cubierto.
Dios, hace tiempo me cubrías.

ACCIDENTE

Pájaros tiñen el cielo de sangre,
pasos de niños y gitanos
penetran en la nieve dura
más virgen que una serenata. Pero
lo bello es esto: ese accidente eterno
perpetrado en lo hermoso.

GRADUAL

Como la nada desarruga
las trincheras de la agonía,
y tras nieve en tormenta el campo
se sosiega y halla su casa,
de algún modo se va arreglando
así, gradual, entre Dios y hombre,
entre ruina y nacer, un diálogo.

PLENILUNIO

Se levanta la luna con tal golpe
y con tal suavidad que sólo apenas
el gozo del reencuentro
convulsiona y confunde
dos caras que se rozan,
dos manos en crecientes
hidrópicas de dicha.

BASTA

Así sea muy ancho lo creado,
es más estrecho que un establo.
De aquí hasta allá. Piedra, árbol, casa.
Actuando estoy. Llego temprano, me retraso.

Pero alguien entra a veces
y lo que existe se abre de repente.
Basta ver una faz, una presencia,
y ya sangra el papel de las paredes.

Sí, sí, basta una mano, como cuando
revuelven el café o hacen el gesto
de abandonar la escena,
para olvidar entonces dónde estamos,
la hilera de ventanas sin aire, y luego
regresar en la noche a nuestro cuarto
para aceptar lo inaceptable.

UN LABERINTO RECTO

Cómo será ese vuelo de retorno
del que apenas se habla por metáforas,
así como altar, santuario, abrazo,
regreso, apretón de manos,
un festín en la hierba, bajo árboles,
sin un huésped primero y otro último,
al fin, ¿cómo será, cómo será
tal caída ascendente, con las alas abiertas,
el recaer en ese nido en llamas
y común hacia un vórtice? – no sé,
y sin embargo, sí sé algo,
esto lo sé: tal corredor ardiente,
tal laberinto recto, todo recto, donde
es cada vez más y más denso,
y cada vez más libre nuestro vuelo.

STAVROGIN SE DESPIDE

"Estoy harto. Mi capa, por favor.
Antes de cometer cualquier locura,
tengan en cuenta el rosedal,
o aún mejor, apenas un rosal,
o, señores, apenas una rosa".

UNA JOYA

En un espejo oval y primoroso
se contempla el antílope.
Una piedra preciosa sobre el cuello.

Como un tapiz decimos de él que es bello.
Y le decimos: tú, no más contémplate,
parir, nacer, morir, sean cosa nuestra.

Decimos tales cosas al oído
del antílope que ya se ha enloquecido.

INFINITIVO

Aún es posible abrirlo.
Aún posible cerrarlo.
Aún se puede colgarlo.
Y se puede cortarlo.
Se puede aún parirlo.
Y se puede enterrarlo.

STAVROGIN REGRESA

"No tuvieron en cuenta el rosedal,
perpetraron lo imperpetrable.

Les han de perseguir de hoy en adelante,
estarán solos, como quien caza mariposas.
Todos han de acabar bajo un cristal.

Bajo un cristal, clavado en alfileres
brilla, brilla un sinfín de mariposas.
Están brillando, señores, ustedes.

Tengo miedo. Mi capa, por favor."

SALMO

Quien después de días de hambre
piensa en el pan,
está pensando en el pan de verdad.

Quien al fondo de un cuarto de tormentos
echa de menos la ternura,
desea la ternura de verdad.

Quien, reclinado en una almohada,
no siente que está solo,
en verdad no está solo.

ESPACIOS

El infierno es sentir un espacio. Lo es el cielo.
Diferentes espacios. El paraíso es libre;
vemos al otro bajo nuestros ojos,
como un cuarto de sótano;
desde lo alto, bajo nuestros ojos,
como atisbando por una escalera,
por la puerta de un cuarto de sótano dejada
a propósito abierta (¿o por olvido?).
Pasa allí lo que yo, precisamente,
no puedo soportar. Tal vez apenas abran
un cajón lleno de guiñapos,
midan un cisne, cuántos kilos pesa,
o hablen de aquello, una y mil veces,
con ese único ser a quien yo amo,
de lo que no se puede y no se debe
ni hablar, ni escribir.

METAMORFOSIS

Era malo y dijiste que era bueno.
Feo, pero me has visto hermosísimo.
Siempre escuchaste todo lo que dije.
Así me convertí de mortal a inmortal.

DEPRESIÓN

Veo la foto de mi madre en la pared.
Incluso su mirada, que antaño tanto amara,
es tan rígida ahora,
más que una piedra. Peor todavía,
no más ni menos indolente que la mía,
que la está contemplando.

VALS

La hiedra cubre el piano,
y al muro de la casa de la infancia
lo desgrana el ocaso.

Y sin embargo, sin embargo siempre
frente al sol que se pone
es inmortal todo lo que ha pasado.

ETERNIDAD

El peine ha muerto en tu cabello,
mi caricia también se ha detenido.
Retiro el peine de tu mano.
Todo acabó. Sentados, tomándonos del brazo.

HÖLDERLIN

A György Kurtág

Calor de diciembre, granizo de veranos,
pájaro atado al cabo de un alambre,
¿qué no fui yo? Muero feliz.

ALGUIEN

Por un perfecto círculo, o mejor,
por un óvalo imperfecto
está mirando Dios al monstruo. Un millón
de caras, manos y uñas en conjunto.
En el fondo una cama larga y muda;
una vulgar cobija y una almohada.
La pezuña del monstruo perfora el pavimento,
y alguien rompe a llorar.

UNA RELACIÓN

Qué silencio si estás aquí.
Qué silencio infernal.
Sentada tú, sentado yo.
Perdiendo tú. Perdiendo yo.

GÉRARD DE NERVAL

A Zoltán Kocsis

Ribera que no es una ribera.
Memoria que no fue jamás aurora.
Y después algún cauce,
y un alfiler ardiente en la cabeza.

14 DE OCTUBRE DE 1970

Lloré. Se volvió húmeda mi espalda,
arrugada mi ropa, se hizo magra mi mano.
Yo quería una piel sobre mis miembros,
que al abrazar tuvieras
lo que busca un abrazo verdadero:
la entrega de una fiera.

22 DE DICIEMBRE DE 1970

Perros sarnosos, sobre la almohada
sangramos. Somos hermosísimos.
Después, torpes apenas
e inmortales.

A PERPETUIDAD

La cama se comparte.
La almohada no.

SUMA

Diez dedos tengo. Cabellos. Cabeza.
Quieto estoy en un sitio.
Pero el disco bañado en sangre gira;
mundo no queda ya, sino un girar.